

- Señora, los tengo por lista y soy el capitán de la guardia.
 — Con hacer otra...—dijo la señora.
 — El diablo son estas mujeres.
 — Señor capitán, es mi marido.
 — Pues busque usted otro; ésta es la oportunidad.
 La dama no respondió.
 — Creo, señora, que he dicho una impertinencia.
 — No, caballero—murmuró la dama—. No es esto sólo—continuó—; hay tres niños que pueden quedar huérfanos.
 — ¡Demonio, demonio!—dijo Pedro, rascándose una oreja.
 — Los he dejado llorando.
 — Pero, ¿por qué demonio se meten a estas cosas los que tienen hijos?
 — La fatalidad, caballero.
 — Y luego con los mochos.
 — Capitán, ese hombre es liberal; venía en las fuerzas que perdieron en Salamanca, y un coronel le perdonó la vida, a condición de que se quedara en su regimiento, y sólo por mí y por sus hijos, por no dejarlos huérfanos, consintió; y ésa fué su desgracia.
 — El negocio se complica; si lo sabe Zuazua, lo tiene por traidor y lo fusila.
 — Es ése mi temor.
 — ¿Y podría justificar todo eso?
 — No sería fácil; porque un pariente suyo, que es suriano, lo metió a la revolución y no está aquí.
 — ¡Malo, malo! Y ¿cómo se llama ese pariente?
 — Verá usted, señor capitán: venía con el general Alvarez; tiene un gran corazón. Como es pariente de Antonio, mi marido, lo fué a visitar y lo entusiasmó; si usted hubiera conocido a ese hombre, estoy segura que le hubiera simpatizado; leal, generoso, valiente, desprendido.
 — Su nombre, señora.
 — Yo sólo sé el nombre familiar con que lo trataban sus amigos, lo llamaban «Juan Gallinazo».
 — ¡Con mil legiones de diablos!—exclamó Pedro—¿Por qué no me lo ha dicho antes? ¡Si Juan es mi hermano!
 — ¡Bendito sea Dios!—exclamó la señora.
 — Ahora mismo sale, aunque me ahorquen mañana. ¡Vamos que si sale! ¡Un pariente de Juan y en mi poder; eso es cosa de risa! ¡Hola, sargento!
 Se presentó el sargento.
 — ¿Cómo se llama ese hombre que ya es mi amigo?
 — Antonio Cañizo.
 — Ya lo oyes: sácalo, y que venga al momento.
 — Le debe a usted la vida, capitán.
 — No, a mí nada; a «Juan Gallinazo».
 Llegó Antonio, joven todavía, y se acercó a donde estaban Pedro y su mujer.
 — ¿Qué haces aquí?—preguntó con enojo.

- No hay que enfurecerse, caballero; yo tengo un deber que cumplir: usted es pariente de «Juan Gallinazo», y está en libertad y puede usted mandar cuanto quiera y se le antoje, y yo le sirvo a todas horas.
 Antonio no sabía qué responder.
 — No podía haber invocado la señora otro nombre más sagrado. ¿Qué hubiera dicho Juan? No, imposible; váyase usted con su esposa y acaricie a sus niñitos, y si hay algo, aquí estoy.
 — Gracias, capitán.
 — No me den las gracias; si es un deber que cumplo y con regocijo. ¡Viva «Juan Gallinazo»!
 — No tenemos con qué pagarle a usted, capitán—dijo la señora.
 — Si nada me deben; si yo soy el agradecido, por haberme proporcionado una satisfacción tan grande.
 — Señor capitán, nos va usted a hacer otro favor.
 — ¡Doseientos mil!
 — Se va usted a alojar a nuestra casa, que es la de usted.
 — Gracias, pero yo vivo siempre en el cuartel, y lo que haré alguna vez, es ir a comer con ustedes.
 — Muy bien.
 — A propósito: usted está derrotado y no debe estar muy boyante; yo estoy victorioso y tengo dinero.
 Sacó Pedro un puñado de onzas, y casi a fuerza, se las puso en las manos a Antonio.
 — ¡Estos hombres! ¡Estos hombres!—murmuró la señora con las lágrimas en los ojos.
 Pedro se entró en el cuartel, cantando los «Cangrejos».
 El alemán se había bebido entera la botella del aguardiente, a la salud de Ofelia, y borracho perdido, había clavado la cabeza en la cubierta de la mesa.
 — ¡Está hecho un animal!—exclamó Pedro, y se puso a escribir el parte, avisando que un oficial se había escapado por la barda del cuartel.

CAPITULO XI

LOS TIGRES

I

Era tal el temor que había infundido la marcha triunfal del ejército del Norte, que los conservadores comenzaron a meditar el pensamiento de pedir auxilio al extranjero, idea que tan fatalmente habían de realizar al fin de su campaña.
 Para dejar libres a los fronterizos, amagó el interior el ejército del general Degollado, y Miramón salió en su busca a Guadalajara.

Degollado lo atrajo a las barrancas de Atenquique, donde se libró una sangrienta batalla, en que ambos ejércitos se disputaban los honores de la victoria.

Degollado, palmo a palmo, se retiraba a las barrancas de Beltrán, donde Miramón no quiso seguirlo, porque preveía cortada su retirada, y sin poder aspirar a un buen suceso.

Regresó a Guadalajara, donde no le creyeron la derrota de Degollado.

En seguida volvió a la capital, donde tuvo un grave disgusto, en que trató como a un lacayo a Zuloaga, porque los tenía sin recursos para las tropas.

El clero hizo una emisión de dinero, y Miramón, que era el único general útil en la reacción, emprendió la campaña contra los fronterizos.

II

Había en la revolución, no dos hombres, sino dos fieras salvajes: Manuel Lozada y Antonio Rojas.

Lozada había conquistado con sus hazañas el nombre de «el tigre de Alica», cuyas montañas había ensangrentado.

Era delgado, tenía el rostro encapotado, flaco, barba escasa, un ojo apagado, un matorral de cabellos sobre su cabeza, la frente estrecha, boca grande, moreno.

En aquella faz de bandido, la muerte lanzaba sus siniestros relámpagos.

Era un monstruo el más miserable.

Usaba la camisa fuera del calzón, llevaba huaraches y sombrero de palma.

Era el héroe que habían escogido, los contrabandistas de Tepic, y la reacción, como a uno de sus jefes más distinguidos.

En cuatro años, más de mil habitantes del cantón de Tepic habían sido asesinados; más de dos mil familias, saqueadas.

La mayor parte de los ranchos y haciendas de ganados, robados; los pueblos todos, y aun las fincas que entraban en tratos con los bandidos.

Los minerales, todo, todo lo ha recorrido ese azote funesto de la devastación y de la muerte.

Entre esas hecatombes impías está la del español Francisco del Hoyo y sus hijos, la del joven Amescua y tantos y tantos que hasta horroriza enumerarlos.

Invadió los Estados de Sinaloa y de Zacatecas, y ha tenido en jaque y en perpetua alarma la ciudad de Tepic.

Era un jefe digno de la reacción y de la causa del orden, de la religión y de las garantías.

Antonio Rojas estaba en las filas liberales; era el primer guerrillero del Estado de Jalisco.

Desalmado, asesino, descompasado, audaz, valiente y temerario.

Pertenecía al ejército del general Degollado; era el hombre sin miedo; pero feroz y terrible; su nombre era de espanto.

Para dar una idea del carácter de aquel hombre, basta referir una de tantas anécdotas.

En un encuentro con los reaccionarios, había tomado prisioneros a unos oficiales.

Los traía entre sus soldados; les hacía comer a su mesa; les encargaba que escribieran; en fin, estaba familiarizado con ellos.

A la hora de batirse, los ponía a distancia, bien custodiados; casi eran ya sus amigos.

En uno de los lances de la revolución, se encontró sitiado de improviso.

Entonces se dirigió a los oficiales y les dijo:

—Ya ven que los he cuidado; pero ahora casi estoy cogido, y, con mucho sentimiento, tengo que fusilarlos.

En vano le protestaron que le ayudarían.

—No creo en los «mochos»—les dijo, y con la mayor sangre fría fusiló a todos.

Con estos hombres nada tiene que ver la humanidad.

En la reacción la mayor parte de sus jefes eran salvajemente asesinos.

Los dos guerrilleros eran los soldados más temidos de la revolución.

Lozada murió en el patíbulo de los bandidos.

Rojas, al menos, murió por manos de los invasores, defendiendo la patria.

III

Pablo, que había ofrecido a Carolina vengar la sangre de Mario, se dirigió a un pueblito del Cantón de Tepic, donde vivían su anciana madre con dos pequeños hermanos.

Pablo iba en pos de algunos recursos, y con el objeto de incorporarse al ejército liberal.

Sólo en el campo podría encontrarse con el matador de Mario, y lo buscaba con ahinco.

Acababa de ponerse el sol, y comenzaba el crepúsculo triste de la tarde, cuando Pablo se acercó al pueblo que lo había visto nacer.

El calor era sofocante, la atmósfera pesada; parecía que el viento había plegado sus alas sobre la tierra.

Una nube de moscas asediaba a los viajeros y a los animales.

Pablo nada más pensaba en que iba a estrechar en sus brazos a aquella santa mujer a quien preparaba una sucesión de pesares.

Tal vez le iba a dar el último beso.

Ya veía a sus pequeños hermanos que se abrazaban a su cuello y lo cubrían de besos; y a los viejos criados, que lo iban a saludar, con las lágrimas en los ojos.

Aquel cuadro que se iba a realizar dentro de breves horas, le oprimía de gozo el corazón.

IV

Le pareció oír, allá a lo lejos, como disparos de fusilería. Picó espuelas a su caballo, y, acompañado de su mozo, corrieron al rumbo a donde se oían los tiros.

Encumbró una cuesta y vio un combate desordenado de guerrilleros.

Sacó su pistola y se acercó al campo.

— Los he de conocer—dijo—; han de ser de la tierra.

Efectivamente, conoció desde luego a Anselmo, un discípulo suyo.

— ¿Qué pasa?—le dijo.

— Sea en buena hora; pensaba en tí; ayúdanos.

Los «lozadeños» estaban allí.

— ¡A ellos!—gritó Anselmo, y se lanzaron todos sobre el enemigo, disparando sus carabinas y sacando a relucir sus machetes.

No podía saberse quién vencería, porque la lucha era encarnizada y cuerpo a cuerpo.

Los «lozadeños» se descompusieron y comenzaron a huir.

Entonces se siguió la persecución, matando a todos los que se rendían; no había prisioneros.

Anselmo y Pablo veían ya los últimos detalles del encuentro.

No quedó en pie ni uno solo de los lozadeños.

— Ahora—dijo Anselmo—corramos a tu casa, que la estaban saqueando.

Un sudor frío corrió por la frente de Pablo; su mano tembló, dejando caer la pistola.

— ¡Valor!—dijo Anselmo—Vamos.

¡Echaron a andar a todo escape.

Pablo detuvo su caballo.

Su casa estaba ardiendo y las llamas ya se pintaban rojas en la oscuridad primera de la noche.

Una columna de humo ennegrecida se perdía en el cielo.

— ¡Corre!—gritaba Anselmo.

Por fin, llegaron.

— ¿Qué pasa?—gritó Pablo a los vecinos.

— Que la señora y los niños están ahí dentro.

— ¡Maldición!—gritó Pablo, y sin que nadie pudiera contenerlo, se lanzó entre las llamas y penetró en el aposento, cuyas vigas crujían y estaban próximas a desplomarse.

La anciana estaba asfixiada y los niños parecían muertos.

Pablo se arrojó sobre su querida madre, la tomó en brazos y volvió a pasar entre las llamas.

Llegó donde lo esperaba Anselmo; arrojó el cuerpo, pero ya era un cadáver, nada más.

Quiso volver a donde el incendio se hacía más voraz, pero en aquel instante el techo se desplomó y los niños quedaron sepultados.

Pablo lanzaba alaridos de dolor.

Anselmo reclinó su frente en el tronco de un árbol y lloraba como un niño.

— ¡Pablo!—gritó el guerrillero—Ya estás vengado: no hemos dejado ni uno solo de los bandidos.

— Falta, falta todavía—gritaba Pablo—. Aquí me armo soldado. ¡No preguntes por qué mato; no!... ¡Esta sangre debe caer sobre todos!

Montó en su caballo, y ya sin mirar las llamas que azotaba el viento, se tiró a correr como un desesperado, seguido de Anselmo y los guerrilleros.

V

Escenas como las que llevamos referidas llenaban los ámbitos de la República.

No sólo los guerrilleros, sino los jefes del ejército y los subordinados cometían terribles atentados.

El general Echagaray, que hacía la campaña en Oriente, hizo aquellas regiones teatro de dramas sangrientos.

Hubo un pronunciamiento en Jalapa, y Echagaray, que sitiaba el castillo de Perote, dejó el mando a Negréte, que había defecionado por tercera vez.

Los pronunciados se sometieron y Echagaray mandó fusilar a diez y seis, de aquellos mismos liberales que lo habían acompañado a la campaña de Puebla, antes de que se pasara infamemente al partido de la reacción.

El castillo de Perote es una fortaleza feudal levantada por los españoles, en una inmensa llanura.

El castillo está casi siempre envuelto en la bruma.

El viento helado y penetrante recorre aquella extensión y azota las murallas de la fortaleza.

El castillo estaba en poder de los liberales, defendido por el valiente coronel Trejo, con una guarnición de ochocientos hombres.

Al pie de la fortaleza hay unas hileras de casucas, donde viven algunas gentes en el aislamiento del desierto.

Los reaccionarios acaudillados por Negréte y Echagaray, asediaban sin descanso a los liberales.

Llevaban ocho meses de sitio y perdían en todas las tentativas.

Pero ya faltaban los víveres en el castillo, y las municiones.

Comenzaba el hambre, la muerte por dentro y por fuera de la fortaleza.

El fuego se debilitaba, y los defensores ya no tenían aliento para resistir.

Pálidos, exhaustos, enfermos, ya era imposible la resistencia. Entonces se pensó en hacer una salida.

Trejo se organizó, y entre las sombras de la noche, y burlando a las fuerzas sitiadoras, efectuó un movimiento.

A la mañana siguiente el castillo no respondía a los fuegos; se notaba un gran silencio.

Entonces los sitiadores se fueron aproximando con lentitud, porque tenían miedo de que Trejo les hubiese puesto una emboscada.

Por fin, se decidieron a escalar el castillo; y pudieron convencerse de que toda la gente de él, había desaparecido.

Como los sitiados no tenían caballos, pues todos habían perecido, se calculó que estarían a unas cuantas leguas, y se destacó caballería por los caminos probables.

Los sitiadores querían evitar el ridículo, a costa de sangre.

Efectivamente, la caballería les dió alcance; se defendieron heroicamente, pero muchos cayeron en poder del enemigo: los demás, entre ellos Trejo, lograron salvarse.

Negrete, por orden de Echagaray, fusiló a todos.

En otras circunstancias se había respetado el valor, dispensando los honores de la guerra al vencido.

Aquella época que produjo héroes y monstruos, escupió al más infame, que había de dejar su nombre escrito con lodo y sangre en las páginas deshonradas de la historia: Leonardo Márquez.

VI

Anselmo acompañó a Pablo una legua y regresó al pueblo, que estaba ardiendo todavía.

—Nadie toque esa casa—dijo a los guerrilleros, señalando la de la familia de su amigo.

Recogió el cadáver de la madre de Pablo y esperó a que acabara de consumirse la casa, para sacar los huesos de los niños y sepultar juntos aquellos restos queridos.

—¡Muchachos!—les gritó a los guerrilleros—Ya los «lozadefios» han incendiado el pueblo; aticemos las llamas con los muertos.

Inmediatamente entre jácara y risas, arrastraban de los pies a los muertos y los arrojaban al fuego.

Un olor nauseabundo de carne quemada se extendió por toda la atmósfera.

Cada muerto que caía entre las brasas, era una de chillidos y de gritos que llevaba el viento a grande distancia.

Era aquélla una verdadera fiesta.

—¡Ahora a los heridos!—gritó un guerrillero.

—¡Sí, para que no se alivien!—gritó otro.

Hubo un gran aplauso, y comenzó una escena salvaje.

Arrastraban a los heridos, y, sin preocuparles sus lamentos, los arrojaban a las llamas, sin compasión.

—Se están divirtiendo los muchachos—decía Anselmo riéndose—. Al fin, todos estos achicharrados están pagando sus crímenes; han cometido tantos, que esto es poco todavía.

Continuaba la bacanal.

El incendio, que ya no tenía qué devorar, se fué extinguiendo poco a poco.

El humo, ya sin luz, flotaba sobre las ruinas.

—Veremos si han dejado algo los «lozadefios»—dijeron los guerrilleros, y comenzaron a saquear los escombros.

Tocó reunión el clarín; en el acto llegaron los guerrilleros, y emprendieron la marcha.

Al cuarto de hora, los habitantes del pueblo regresaron espantados, viendo en cenizas sus hogares.

La mano de la revolución había pasado por ahí con el hacha de la destrucción y el aniquilamiento.

Quedaban escombros y cenizas que desparpajaba el viento sobre los sembrados.

Allá una nube que marcaba el paso de los guerrilleros.

CAPITULO XII

AMORES Y ESCARAMUZAS

I

Manuel y un grupo de oficiales quedaron abandonados en las playas del Manzanillo.

No sabían qué camino tomar; la primera autoridad reaccionaria los aprehendería y serían fusilados irremisiblemente.

Convinieron en desperdigarse para que no dijeran que los habían comprendido en gavilla.

Cada uno seguía las fases de su destino.

Manuel entró a una casa pidiendo agua, porque el calor era abrasante.

—Pase usted—le dijo un alemán escuálido, amarillento, como salido del sepulcro.

—Gracias, señor; pero yo estoy como atacado de fiebre.

—Ya lo conozco a usted; venía con el señor Juárez.

—Guarde usted la reserva—dijo Manuel—; puede costarme la vida.

—Lo sé, y para que usted regrese a México, voy a darle, como si fuera mi dependiente, una lista de encargos.

—Gracias, caballero.

—«Deo gratias»—dijo, entrando en la casa, un fraile mocetón, robusto, de anteojos de oro.